

LA HUERTA QUE SE FUE

Fulgencio Saura Mira

"Y se echó de cabeza a la azarbe."

(MEDINA VERA)

Uno piensa a estas alturas de la vida que el paisaje que conocimos en la infancia ya forma parte de nosotros mismos, que ahora nos encontramos con un contorno de polígonos urbanos y barriadas obsoletas, tan monótonas como sus calles y edificios, como las tiendas y vehículos que la circundan. Estamos viviendo en un hábitat donde la velocidad y atosigamiento forma parte de su estructura que recrea su ámbito desfigurando el pasado, con lo que ello significa.

Nada de lo que fue existe y la contracultura nos va arrebatando las sutiles sensaciones de antaño, sobre todo lo que se relacionaba con la vida de quienes nos precedieron con su impacto rústico y entereza sacro santa.

Sencillamente nos encontramos en un mundo cada vez más distinto, con su espectacular implante de aspectos nuevos que no nos dicen nada y que prestan un servicio a lo anodino y futeso, a lo enigmático y banal. Ello porque formamos parte de otro conglomerado de urbe, de civilización que mucho ha de ver con el progreso que todo lo contamina, con las urbanizaciones que irrumpen con su garra de feroz monstruo que se come todo lo que encuentra a su paso.

Desde este aspecto hay que entender el sentido de nuestra ciudad, del ámbito que la rodea que no es más que una urdimbre de solares que van a crear espacios distintos, recreando un panorama de urbe que destroza ese sutil encanto del paisaje huertano.

Se muere la huerta. Ya lo venimos diciendo desde hace años y lo observamos sobre las ruinas de tapias que antaño formaban parte de las casas huertanas donde moraban labriegos con sus familias, se dedicaban a su faena, vivían las fechas de sus ocios entrañables, gozaban con su santo patrón, bailaban y soñaban.

Esto es algo que ha pasado pues estamos en otra cultura que nos indica una meta diversa, nos enseña el camino hacia lo insulso y vacío, o acaso nos vislumbra un contenido distinto de vida que irá acoplado sus pausas a la existencia que se abre en el futuro con sus moldes y signos nuevos, sin duda apartados de lo que encumbraba a la sensibilidad y la imaginación a estados encomiables.



Ultimos rincones.

ERA OTRA COSA

Aquella huerta era otra cosa, no sólo una extensión de terreno sobre el que el labriego cavador acoplaba su vida en su cabal significado, faena tras faena ceñido al ciclo agrícola, sino que forjaba a su vez un aliento para el urbanitas que salía a mirar simplemente lo que formaba parte de su orgullo. Se daba un abrazo, como dijo en una ocasión José Ballester entre la ciudad y la huerta, que se dominaba abundante desde lo alto del monte, cabe el Santuario de la Fuensanta donde ahora todo es impacto urbanístico. Entonces se oteaba desde la altura la feracidad de su pose desde el Azud de la Contraparada, sito en Alcantarilla, a los vergeles de la Vega Baja siguiendo el curso del río, en un trayecto de encanto y sosiego.

La huerta se enmarcaba entre los heredamientos del norte y del mediodía, insuflada por su acequias mayores y de Churra la Nueva, con sus empaques de molinos y ace-

ñas en sus variantes móviles y fijas que merodeaban por su entorno, mostraban su pose por la encantadora Orilla del Azarbe y la pedanía de Casillas que tanto me impacataban a la mirada, con el engranaje de su factura a través de la cernera, el recibidor y las tijeras, todo un conjunto que hacía las delicias de la mirada y que Rafael el “Pelín”, labriego de El Raal, dominaba como nadie, cerca del juego de bolos de su infancia.

Huerta de carriles y veredas próximas a las barracas que nos hacen evocar la de don Matías por la zona de El Raal, en el Rincón de Cobos, cerca del carril de Alejandro, o la de los Simones, Macanas, de los García, de los Parrillas por donde se pierde la vereda de los Valencianos camino de Orihuela.

Eran las orillas y meandros prestos a la desafortunada riada que consumía al labriego y ponía lances de tristeza en su familia, como voz fatídica del destino; la del río que le daba vida y destrozaba a veces su cosecha. Un río que dejaba crecer los cañaverales que formaban parte de su cultura, como la vieja faena de arar la tierra que estrujaba al huertano en su milenaria pose de cavador acostumbrado a tener paciencia, desde que el sol se levantaba hasta que se ponía sobre el horizonte.

Allí estaba este hombre fuerte y sesudo para confirmar su vocación en sus faenas cíclicas, atento siempre al tiempo, dispuesto a prestar atención a su trabajo en cuyo curso desborra, descopa ,majenca, muñe, biña, zaraguelle, engarbera, trilla en los estíos trespelando el grano y ensilando la paja.

También verdea, desraba o escombra en la faena del pimiento, desperfolla el maíz cuando llega otoño y las hojas comienzan a caer de sus morerales tan amados y litúrgicos, procediendo a recoger las macocanas para el “busano” de la seda.

Machea las palmeras que se elevan sobre el paisaje sacrosanto de su terruño, que huele a miel y a dátil, sabe a versículo del Viejo y Nuevo Testamento, a grácil sombra que otorga este árbol de la reconciliación. Sabe levantarse con el alba y recoger-

se en el hogar junto al foguerín para escuchar la voz de sus antepasados.

La huerta era entrañable, con su pequeña cuita y ubicación de la barraca, morada que hacía con sus propias manos utilizando el medio natural, con sus parcelas y el hombre abancalando sus tierras, moldeando, con afán inusitado su tiempo, al son de las horas, perfilando la mujer la barraca cerca del tinajero: espacio que lucía por sí mismo entre delicadezas de cristal y sabor de agua pura recogida con la cetra que posaba sobre sus tapaores adornados con ese lenguaje tan entrañable de la mujer. Y desde el interior del hogar se estrujaba la jerga de la palabra que dejaba tintes de ternura, pues tan abonico se hablaba como se alzaba la ropica y se besaba arrebonico.

Con palos y cañicas pasaba el huertano su vida, contando con lo justo sin que faltara el cachirulo ni el regocijo del amor al trabajo junto al quijero de la acequia, teniendo cercano el botijo de sus amores, siempre al quite de cuanto sucedía, sin temblar ante el trabajo, presto en cada momento a entregar su vida por la familia, hasta que su horica le llegaba. Y es que este hombrecico sesudo y morisco ha tenido, creo que ya no, la mala prensa de su ociosidad, naciendo en este punto el tópico de su cansera como manera de ser de este hombre, cuyo tratamiento endulza con su diestra dicción el maestro Vicente Medina, pero que no cuadra en la faceta de este cavador huertano siempre presto a recomenzar la faena e implorar a la Fuensantica en pro de la cosecha.

Aquel “¡Si no me espertara!”, no me suena en la cadencia musical de la vida de este hombre dispuesto siempre a vender la alfalfa y el alcazel en la plaza para poder pagar el rento, que eso sí que era su obligación principal. Y es que muy a pesar de la literatura que se ha llevado a cabo sobre la huerta y su protagonista, quedan flecos por remendar y con ello dejar claro el fecundo proyecto de este hombre pegado a su bancal, fijo en sus artes del laboreo, pendiente de la lluvia o de la recolección,

dispuesto a jugársela a una sola carta. Pero eso sí dejando claro al mundo lo que ser huertano significa, que para ello se enorgullecía de mostrar en los instantes lúdicos su lenguaje auténtico, sin ataduras ni soberbia alguna, dejando a las claras y a las maduras que su habla provenía de los viejos pobladores, tanto mozárabes como aragoneses y catalanes, que de todo hay en la entrañable manera de su expresión, y que de ese muestreo híbrido surge el dialecto del habla huertana. Una lengua que para Díaz Cassou es propio del hombre de la ciudad, aunque también mantiene su interés el habla del huertano más puro que se empeña en dar forma a propia hechura; lo que hoy se estudia bajo el nombre de la Lengua murciana que nosotros acogemos desde su tinte colorista en nuestra revista Cangilón, ello sin ánimo de enturbiar una investigación dialectológica y ensamblada con los criterios de los estudiosos de nuestra lengua. Al fin y al cabo se trata de recoger desde la oralidad aquellas voces que se siguen utilizando en zonas de nuestra auténtica huerta desde Casillas a Zeneta.

Nuestra literatura nos muestra fases y periodos donde se aporta toda una muestra del habla huertana que halla su mejor exponente en los escritores decimonónicos, que viven la odisea del Bando de la Huerta y el Entierro de la Sardina desde sus comienzos. Es en ese instante donde aparece la figura del panochista y se destacan personalidades como el celeberrimo Miguel Rubio Arroniz, ello en 1854, en que se retoma toda una jerga de vocablos y expresiones típicas del hombre ubicado en la tierra, desde el verbo del también erudito Joaquín López García, como iniciadores de este evento que va a tener un gran arraigo en el devenir histórico del habla huertana, que se va traduciendo después en sus rasgos sustanciales desde la acogida de voces que se instalan en su propia versatilidad. Ello a través de sus grandes poetas y narradores como Jara Carrillo, Frutos Baeza, Joaquín Báguena ,Cassou,

Fuentes y Ponte, L. Orts, Selgas, Vicente Medina o el maestro Gabriel Miró, por citar los más importantes de este repertorio de escritores que atiende al paisaje huertano, utiliza su envoltura y destaca una forma de ser.

De la enjundia de esta aportación interesa el sentimiento fiel de su protagonista en relación con su espacio, utilizando el tono de esa ternura que se congela en su manera de ser tan intensa como directa con lo que le rodea, y que se traduce en los versos de nuestro Jara Carrillo que entiendo es el poeta de lo entrañable y sensible de la huerta, quien conocía su contenido como nadie, tanto, que a su muerte en 1927, deja un vacío inmenso en este espacio del sentir desde lo más profundo.

El poeta de Alcantarilla mantenía una pasión contenida por su tierra, lo que en el norte es la tierra, pues en él todo es suave y delicioso, todo sabe a huerta y bancal, a salve de auroro viejo y senda mañanera que acoge el tronco de morera como icono fundamental del huertano: eje de su función y faena. Todo en su piel y en su alma despide aroma que se gesta en el arcón de nuestros antepasados, donde el ancestral huertano custodiaba su tesoro. Y desde ese encanto y lucimiento se dejaba el poeta llevar por las emociones que le proporcionaba el paisaje a cada instante, en cada silencio del día. De ahí la calidad de su factura poética que deja licencia de sutil encanto y ternura como es el momento de dolor ante el hijo muerto, ante el pajarico desfallecido, donde todo en la huerta se hace lisonja y Arcadia, en que la yegua Lucera es envidia del paisaje, pues en la soledad del carril se la domina con su "cerviz enhiesta".

Porque el mismo poeta se contagia con su paisaje, lo vive y ama hasta la extenuación, le gusta el "ico" que sujeta sus secuencias adorables y que es rumor de entrega y amoroso encuentro, pues así... abonico, abonico, respirando el olorcico de mi "huertecica bella..." va humedeciendo sus ojos de hombre enamorado de su tierra.

Para mi que este rotundo cantar a la huerta con tal desparpajo se hace comparable a los sentimientos que el ínclito escritor del barroco Salvador J. Polo de Medina en el siglo XVII, destaca como muestra de su recio amor a este paisaje, que en su tiempo compendia una tonalidad de compacta belleza mediterránea, con la feraz huerta que, desde Espinardo, fecundaba las heredades y lucía su flora con la sensualidad de su color, lo que de otro modo queda reflejado en sus Academias del Jardín, donde el autor defiende a la ciudad y su huerta de los falsarios y envidiosos de lo nuestro que siempre han existido, realzando la lucidez y garra de nuestros escritores y pintores comparables en ese momento con la lisonja madrileña

Y es que si nos hundimos en su lectura damos con argumentos y detalles de valor y calidad tan encomiable como en nuestro deleitoso poeta, de tanta validez en la pintura del paisaje huertano que se hace cercano a la ciudad del Segura como memorable es el escritor de Alcantarilla en sus sentimientos hacia lo menudo huertano, aquello que se contagia en el alma. Pues si nuestro barroco alza su mirada hacia... “la hermosa habitación de cortesanos árboles”, que se conciertan en las orillas del Segura, el poeta de los corazones sumisos recalca el verdor de los naranjos y olor de azahares, el rumorcico del río a su paso por el ... “sublime murciano paraíso...” con la torre de fondo mirándolo con ... “sus ojos de luz...”.

Si el autor de los Ocios de Soledad o de la Epístola Moral a Lelio nos habla de la “amenidad de este sitio...”, o encumbra la soltura del ... “cultivado bosque de morenas... con más de quinientas acequias...”, el autor de El Aroma del Arca y “Gérmenes” nos hace un esbozo de la ancestral huerta con sus clavellinas y el brillo de su cielo azul cargado de aromas viejos y nuevos, donde habita el hombre que suda en sus madrugadas, que lleva su hacha de astil de morera, que cuida sus arboles como a hijicos, capaz de unirse en sus

horas fecundas a los ... “legendarios auroros que pasan...” dejando en el ambiente el rumor de los siglos.

Estamos ante dos maneras de mirar el paisaje huertano, de acomodar la vista a su entorno. Es una la mirada del siglo XVII con su gentil forma de advertir la galanura de su empaque y otra la del poeta lleno de ternura hacia lo que le rodea: todo ese mosaico sencillo de encuadres y figuras, de siluetas que enlazan con el asombro o la melancolía, con ese fluir de silencios que dejan congoja en el alma. Pero en el fondo se sitúan ante el frenesí del amor a la tierra que se conoce y describe, sobre todo se siente en lo mas profundo. La visión barroca se inserta en una sutil descripción que se aproxima al conceptismo de Quevedo o se derrama en insinuaciones culteranas, desde la voz del enamorado de los lirios y los álamos, mientras que en el poeta romántico la naturaleza se hace tono con el lugarico, se amolda al color y sabor de la tierra donde se instala el escritor de una forma directa, como el pintor impresionista recrea el espacio que domina, pues en todo caso existe una cadenciosa fluidez y desenvoltura en esta mirada que observa y huele, deja expansionar sus sentimientos en afanes amorosos con la realidad que lo hace vibrar. Hay un clamor de clasicismo en Polo de Medina en el que se insinúan los coros de ángeles y estancias de Arcadia en los jardines plenos de flora, por los que transita Anfriso y Filis y su vista se ... “desespera” ante la belleza del ... “dilatado cuerpo del jardín...”, semejante a la impresión que le causa a Jara Carrillo el entorno del Malecón donde ... “tiemblan al son del agua las cimbras de cañares...”, y en todo caso el icono del río Segura se aborda en cada mirada, desde cualquier encuadre que lo enaltece, que en el clásico: ... “divide en dos partes iguales la huerta” ... “parece con ramas de plata un árbol de cristal...”, preciosa imagen que visualiza su trayecto desde su nacimiento en Jaén atravesando sus contornos hasta fundirse en la

Vega Baja. Y en la del poeta de lo pequeño y tierno “El río rumorea una canción sumido, / al cruzar el murciano paraíso; / y la torre lo mira con sus ojos de luz”.

Valen estos dos requiebros para sintonizar con la esencia de la huerta, su entronque y cabal significado entre un haz de contagiosas estancias y amables diálogos que potencian su estilo, gallardía y afanes en los que el hombre milenario de su paisaje ha vivido trances inolvidables, épicos que conforman su alma, lo que fue y que ya queda en el recuerdo. Tan solo hay que encontrar en las novelas de nuestros vates y artistas que nos legaron su alma.

Porque como sienta nuestro poeta. “Se fueron las barracas por las aguas abajo, / la armilla rameada y el bordado refajo,... / La guitarra está triste y la parranda muerta / ni los pájaros cantan sobre el negro albardín.

LOS ÚLTIMOS RINCONES DE LA HUERTA

Ya intuyó nuestro escritor de lo murciano y huertano este trance de destrucción galopante por el que iba a pasar su amado paisaje víctima del progreso urbanístico que todo lo descompone, pues de todo aquello que nos produjo goces infinitos tan solo la memoria queda.

Vivimos otro momento; el de la alineación y derrumbe de lo antiguo, con sus formas variables y modos contemporáneos que se refleja en el arte, en las costumbres de una población que impone su medida, unas reglas que se marginan con los valores de antaño, que insta sus propios atavíos y busca la comodidad y el progreso, se enrolla en la nueva cultura con los nuevos signos que nos aporta el espacio contemporáneo, al margen de lo que nos identifica y que entendemos que hay que defender pese a todo, porque es lo que nos une a nuestros antepasados.

Se podría escribir mucho más de todo esto, pero nos sirve para dar cauce a la necesidad por nuestra parte de apartarnos un tanto de todo ello y consignar, aunque sea en trazos pausados la importancia de conser-



Últimos rincones.

var lo nuestro, aquello que nos ha identificado, que nos suscitan unos modos de ser del llamado huertano cavador afincado en la tierra, una figura que ha contado en nuestra historia, que se mantenía erguida en un ambiente de huertanía, con sus utensilios, en un espacio adecuado a su trabajo, con una forma de sentir y de mirar al futuro.

La huerta era ese espacio vitalista, señero y cabal, vario y colorista, sensual y entramado en un conjunto de tradiciones y sentimientos que han ido consolidando al personaje que la ha habitado, dando su trama y peculiar riqueza, su auténtica enjundia que ha aportado unas páginas hermosas a lo largo de su desenvolvimiento.

Ahora todo es distinto y cuando otoño va creciendo se nota su ausencia desde la pose del huertano y su entorno. La huerta no es una bella estampa como dicen los clásicos sino una muestra de restos que van quedando, apartados y preparados para dar vida a los nuevos chales que se añaden a sus pedanías, se acoplan a los acorralados banales que se preparan en solares desvirtuados de sus fines.

Ya no queda mas que alguna que otra casa medio habitable cercana a la calle asfaltada y al solar hambriento de construcción. Se nos ha escapado la huerta con sus colores y agasajos, su timbre de honor y detalles de azahar, con aquellas reliquias de la flora de Mayo recreando sus cruces en esquinas de paraíso por las fachadas de las casas que daban a levante. Conservo unos apuntes sobre aquellas vivencias reci-

bidas al contacto de veredas y carriles, con sus personajes y molinos, sus detalles y acequias plenas de agua compartiendo felicidad con el vecinal bancal lleno de coles azuladas, las que en una ocasión pintara del natural mi padre Saura Pacheco y tanto gustó a don Antonio de Hoyos, el ilustre profesor de las cosas de Murcia y su huerta. De todo aquello no queda nada, como a cada paso se quiebran las casas que formaban parte de las pedanías de la huerta.

Paso muy a menudo por estos pagos de mis amores buscando el encuadre para tomar datos y apenas se acopla la mirada a sus encuadres, aquellos que daban sentido al paisaje con palmeras y árboles fecundos, con carriles y la portada de la casa antañona donde se vivía. Pues no se otea nada más que edificios sin gracia, barriadas que han convertido todo en viviendas sin alma, porque es la urbe la que se va extendiendo sin orden.

La ciudad se abre y desborda, se lanza a una progresiva meta sin límite alguno porque trata de acampar en el espacio virginal de la huerta donde anidaba antaño la morera y sus vecinos olían a flor de Mayo recogido, a cruz cantada en las vísperas de Abril al son de aquel:

*“Alegraos damas
Que Mayo ha venido...
Bienvenido sea...”*

Ahora deseo acuñar, desde la soledad que me abrumba, una serie de apuntes de nostalgia a la vera del camino, en mis rutas desangradas por la huerta que se ha marchado, acaso para dar testimonio de este acto imprudente de aceleración apresurada de lo urbano que, en su potencialidad va tomando a saco las pobres mansiones y bancales de la vieja huerta, topando con el paisaje que diera vida a la ciudad, por donde sucede el río de sus antañonas generaciones, el Segura de su ardoroso deliquio que tantos problemas le ha añadido en su pasar, vibrando a veces o dormitando su terraje de sequedal la mayoría, imprimiénd-

dole con ello grietas de dolor y desasosiego en las gargantas de sus moradores, acendrados huertanos vestidos a la usanza morisca, portadores de la templanza y el drama, pues con su latido, su sangre regando la tierra diariamente se ha ido construyendo la ciudad del Segura, radiante y barroca, sensual y fértil.

MIRADAS POR LAS PEDANÍAS. RINCONADA DE ALJUCER

Fea estampa es la que mantiene ahora este paisaje empotrado en su marasmo, arrebujado en sus harapos de detritus. Lo observo en esta ocasión en la ruta mantenida por la pedanía de Aljucer que fuera en el medievo lugar de regocijo, cita de una clase arabesca enraizada en sus mansiones de paraíso coránico, con sus acequias desbordantes y barracones lujosos. Paz y belleza dominaban sus palmerales orientales y sus molinos prestaban elocuencia al son de la musicalidad del trajín de sus máquinas anhelantes y con sabor a viejo oficio de gremio ancestral. Y en el corazón de su silueta recogida, delimitada por las razones de su señorío de realengo, se dejaba sentir la espadaña de su torre que hoy es templo dieciochesco, de noble carácter y pose recia que domina el espacio, con sus arterias y carriles, meranchos y brazales con agua clara y presta al baño de sus vecinos. Lo hacían hace años, cuando la acequia de Barreras llenaba sus depósitos con animación y generosidad y se reflejaban los chopos y morerales en sus mansas y tranquilas aguas cristalinas, hasta tal punto que nadie se bañaba dos veces en ellas, cual Heráclito advertía a sus discípulos, señalando que el tiempo pasa y lo que es ahora no lo es ya, pues de tal forma el agua transcurre y se hace distinta, como se mueve la hoja de la morera y se agita la del alamillo que habita con la acequia cercana.

Desde el chalé del amigo apenas se vislumbra un horizonte de huerta, pues casi todo se ha construido y el edificio incruento señala su turno por doquier, lo que sig-

nifica que se domina en el horizonte su atuendo cuadrangular. De esta guisa todo en esta huerta es solar y desencanto aunque de vez en cuando, según me indican, los brazales llevan agua y se pueden regar algunos banales sumidos en la soledad entre los cañares y paredes deshechas que los suelen acompañar.

Lo cierto es que no se arredran los chopos y moreras que quedan, las higueras soñolientas, por permanecer en soledad de compañía, pues se dejan dominar en su atrapada situación junto a algunos caserones que conservan, por poco tiempo, su vieja catadura y aún el rosal se enreda, como extraño documento, por entre el tronco del chopo que surge del quijero del brazal seco que antaño luciera el agua de la acequia mayor de Barreras, como si fuera señor del lugar, con su antañona imagen de cuadro selecto y costumbrista. Solo que da pena ver la acequia derrumbada y sin agua, arrugada y sin los reflejos que dieran otrora su majestad y encanto a este contorno de huerta sabedora de su embrujo y personalidad.

Por el sendero que asienta los tablachos en desuso y los cañares enigmáticos, vecinos a una casa en trance de desaparecer, unos viejos huertanos juegan a la baraja. Como en los viejos tiempos se dejan llevar por su soledad como cuando de mozos sentían el amor a la vida y apreciaba la turbulencia del agua que se amansaba en el brazal amplio, hasta el punto de bañarse en la acequia y sentir la brisa del viento que por la zona se estiraba y meneaba los esbeltos chopos plateados.

Ahora los cuatro hombres de la vejez se lamentan de la carencia de agua, del desorden que se lleva en la acequia mayor y su descuido, del desastre en que va quedando la huerta, y siguen arrumbados en su sillas de anea, soportando el mugre de las cartas que les sirve de consuelo en la tarde de grises y cadencias insólitas.

Se ablandan los cañares al son del viento escueto de un tiempo arrebatado mientras a lo lejos unas sutiles palmeras suspi-

ran lágrimas de un pasado de misterio y belleza. Junto a ellas se amodorrnan algunas casas con sus recios colores de sangre como el de las tinajas que sus moradores pintaban en sus carnes para mayor esplendor, por lo que me arrimo por el carril de los Campillo, a su regazo.

Deja el camino lances de briosas notas de color en los rosales y geranios que se agarran a sus costados cerca de las casas que dan nombre al mismo y que fueran en tiempo casa de colonos, y aún se amansaba allí el pino grande que un día lo tiró el viento de un amanecer fogoso que recordaba el padre de Juan Campillo, labrador que me acompaña en estos efluvios de tarde ansiosa por el sol de cada día. El hombre tiene aquí una casa y conserva otra de sus padres que anhela vender como es lógico: un viejo aposento de labranza que trae a mientes vetustas labores de otrora con personajes que tan solo se conservan en el recuerdo, se instalan en fotografías ausentes que hay sobre las paredes y agita la mente de las abuelas que aún soportan la tristeza de la vejez sobre sus cuerpos desgarrados. Todo en el casar es escenario de faena vieja y vacío del alma. La abuela, de noventa años, apenas camina y Juana Campillo que mantiene su soltería en franca presencia de soledad y llanto; suspira por los espacios de la casa a la que abre sus portones y deja asistir a sus anchas el aliento de su desgajo. Uno se da cuenta de cómo se vivía en la huerta con la casa adornada con sus reliquias, desde el tinajero a la rinconada de la chimenea acogedora, con los muebles de encanto que se adosaban a los cuartos contiguos. En sus espacios se domina la cama con el cabezal de adorno y los dos rosarios amparadores, tan quietos y remansados como los dejaran sus dueños, don Pedro y doña María, cuyos rostros se dominan en una fotografía centenaria. En otro relajo nos atrae el recio arcón de las esencias huertanas y con él nos trasladamos a los unguentos de la huerta soberbia y cabal, milenaria y bella,

con los trajines de sus faenas robustas y sabrosas, desde el arar al desperfollo en su tiempo otoñal, dando que hacer en el tiempo del gusano de la seda, trabajando en torno al embojo y desembojo, aspectos que nos evoca Juana Campillo atareada siempre y dispuesta a abrir los portones de las cuadras para oler a abono de bestia y gallina, o acomodarnos cerca de las pilas de lavar que encajan el brazal apagado de la acequia, con el patio de aguas muertas y las cañas liceras, recogidas, que forman monumento señero, de tanta calidad como forjadoras de la cultura huertana.

LA VOZ DE LA HUERTA

Todo en estas casas es encaje y voz del pasado, como la techumbre y el mobiliario, los espacios habitables que se desmelenan y dejan escondrijos en sus rinconadas de hastío; lo que significa que en su interior hubo vida, se enfilaban las ilusiones con los desencantos de la vejez y la muerte que todo lo finiquita. Porque vislumbrar aquellos espacios nos posibilita a la remem-

branza agilizando el tiempo en sus silencios ocultos, para remedar estelas de un tiempo de pasiones trenzadas en un trabajo arduo, el del huertano que había de abonar el rento a los dueños, como en este caso a doña Gracia Diez de Rivera y, Diez de Rivera, que moraba en Madrid y tornaba de vez en vez a esta tierra de sol y acequia, para los menesteres del cobro y agasajos de sus arrendatarios los Campillo.

Se desmenuza la tarde apagada y lucen los rosales en el carril que evoca a esta familia de viejos colonos, huertanos de pro que ahora traducen los ecos de su crónica en romances de luto, reteniendo la voz de sus familiares que supieron lidiar las horas. Las tuvieron dichosas y amargas como las de cualquier vecino, pero dejaron la gracia de su aroma en el vergel que se suma a la primavera de la flor de Mayo, en estos días donde los vecinos de Aljucer han dispuesto la cruz de la plaza en sus más vistosas galas de color y perfume.

(Continuará).

LA NIÑA QUE JUGABA CON CABALLOS

Alfonso Pacheco Navarro

Buscando en los rincones de la memoria, la mía y la de otros que me lo contaron, vengo hoy a recordar, como si la tapa de un olvidado arcón hubiese saltado por los aires violentamente, dejando desparramados en mi cabeza, retazos de vidas o maneras de vivir, algunas costumbres que quizá no llegasen a tradiciones pero que muchos siguieron como medio y forma de vida.

La gente de mi tierra, de esta tierra dulce y seca, áspera y amarga, bondadosa y noble, simple y soberana. La gente de mi tierra es sufrida y recia, apegada al terruño que cuida y ama, sacando de él su vida y alimento.

Por los secos campos deambulaban buhoneros que hacían las veces de recoveros, y recoveros que actuaban en esa imprecisa línea que separa estos dos oficios, en viejos y destartalados furgones, la mayoría residuos de la recién acabada guerra, que todavía estaba pasando factura y aún lo seguiría haciendo durante mucho tiempo, los furgones levantaban nubes de polvo a su paso y la carrocería, comúnmente de madera, trepidaba de tal forma que entre lo uno y lo otro su presencia era anunciada desde kilómetros. La llegada del recovery era un acontecimiento importante en la vida de estos seres rodeados de soledad y silencio.